

**Y nadie dirá que ya no es hora para soñar con Cartagena**

**Federico Ginsberg**

“Así es como te digo Tomás” me dice mi abuela, “haber vivido el régimen franquista puede haber sido, y de hecho fue, lo peor que nos pudo pasar. Mi madre con una bebe en manos, mi padre que desaparecía, mi hermano con los pantalones mojados constantemente: yo con una mirada distante. ¿Te imaginas que con siete años te veas obligado a partir de todas las cosas? Porque el problema no son los futuros, son las cosas. Imagínate tú dejar atrás el recuerdo de levantarte a las siete de la mañana para ir a la ensenada, o de ver a tu hijo, primer hijo, asfixiarse, ver a tu segundo hijo nacer y percatarse de que posee una vagina. Imagínate tú cambiar pañales a deshora, de tu tercer hijo, mientras las bombas caen cerca de ti, y tu heroísmo no queda más que relegado al que hacer familiar. Pero eso no importa, lo que importa es el recuerdo de una casa, de unos caños, de unas mesas: todo lo que vistió tu casa. Pero no es por el hecho de comprar una mesa de nuevo, es el hecho de que en esa mesa no se reunirán más tus hijos, ni tus amigos. Una mesa relegada al olvido. Y así es como dejarás la puerta abierta, para que en ella puedan entrar los nuevos inquilinos, que esta vez no solo no serán nosotros, sino que no serán alguien. Inquilinos de humo, los espíritus que vienen a poblar de muerte, un lugar de vida. Pero no te olvides Tomacito: no hay lugar donde quepa la vida en el franquismo”.

Mi abuela, para lamento mío, dirá estas palabras más de las que cualquier persona las quisiera escuchar. No culpo que las primeras veces pueden sonar atrayentes, ¿pero qué pasa cuando el rictus de vomitar las experiencias es constante, y no solo eso, también doloroso? Mi abuela, como toda buena española fue diagnosticada con demencia, y no que no lo hayamos percibido, pero debo agregar que como toda buena española que vivió el trauma de la Guerra Civil Española, tiene demencia. Mi dolor no es el escuchar a mi abuela, sino la lágrima efímera que le cae por la sombra del ojo, pasando por sus bolsas,

que contienen la desidia de un mundo deseado por ella, la pérdida de la esperanza, la desolación: los llantos contenidos; lágrimas que terminan en la comisura de su boca, donde sin darse cuenta, no queda otra que tragársela, y como si eso la fortaleciera, la guarda hasta su próximo, y muy próximo, relato. Debo de admitir que no me importa que mi abuela hable, me importan las lágrimas desperdiciadas en los últimos años de su vida, años en la que consagraron su vida, a la espera de la muerte. Sin embargo, consagraron su hacer a una inexistencia de ella misma, porque para el final, ya no habrá más una tal abuela, una tal vieja española, y menos a una mujer a quien besar por las noches.

Como no tengo trabajo hace unos meses, no me quedó otra, digamos la verdad, de venir a cuidar de mi abuela. Ella es muy agradable e impugna sus últimos días a la ley de su demencia: leer (aunque sin ninguna capacidad de retener), comer tartas gallegas (que preparo con la sonrisa que siempre ella me propicia, porque dice que es el mismo olor que su casa de niña), agotarse viendo videos de representaciones de obras de Lorca, llorar con las melodías de alguna zarzuela. Lamentablemente, con los días contados por el médico y por mi persona, decidí recrear su España querida, aunque no es una función, y debo de admitir que me consagre en vano, de lo más simple.

“La calle nunca fue de lo más bello, pero poder tener esa vista era impagable, que te digo que admiraba las estrellas, pero sobretodo el haz de luz de las bombas, de las metrallas antiaéreas que surcaban el cielo. Pero mi padre pronto me sacaba de allí. Mi abuelo había construido en el Monte Sacro, a una cuadra de casa, un refugio, donde mi padre desaparecía, porque luchar le era imperioso, y mi madre gritaba desconsolada que se lo iban a matar, pero el argüía que el puerto estaba bien protegido, que había minas en el mar, que los submarinos alemanes no podía entrar y mucho menos los barcos. Pero el dolor

de ver la espalda de un padre desvanecerse en la luminosidad de las bombas, siempre fue un miedo insuperable. Atragantarte con tus propios genitales, ni más ni menos, porque la República estaba en peligro, porque Azaña era un buen presidente, porque había muchos porqués, pero ninguno para quedarse con nosotros. Y pasábamos capaz tres días, por las dudas, a la sombra de una pequeña lámpara a gas, que si apenas iluminaba a medio metro, nosotros nos confinábamos a abrazarnos, porque irse un poco más allá sería perderse de por vida. Sin embargo ninguno se perdió, y ninguno negó el brazo de mi madre, ni el de mi abuelo, y si un desconocido nos lo daba, tampoco. Entendeme Tomás, ante los estruendos de las bombas y del temblar del suelo, cualquier afecto es bien recibido.” Me dice mi abuela, pero esta vez no se le cayó una lágrima, aunque se le haya cortado la voz de a momentos. Sin embargo me es sorprendente que mantenga noción de los espacios transitados, como su casa en la calle Barranco, o el Monte. Si hay algo que mantiene coherencia en estos días, sin duda es su vida española, signada a un perpetuo recuerdo, a una perpetuidad finita, pero tan infinita, con la memoria de su sangre, de su sufrir, de su temblar dentro del refugio.

Ante ciertas dudas, mi abuela me comentó, de niño, que ella había dejado por escrito todo lo que quería para sus últimos días, como así también el relato de su vida. Ella, lúcida, narra lo mismo que hoy: que su casa, o mejor, su primera y última casa en Cartagena fue en dicha calle, que tenía una terraza en el tercer piso donde se veía la inmensidad del mar donde anhelar chapuzones, que su abuelo trabajaba en el puerto, como su padre, y de que juntos construyeron ese refugio. Todo está en esos papeles; papeles que guardo en el recuerdo de pensar qué hubiera sido la vida de mi abuela sin un régimen

franquista, sin un imperioso empujón por parte de su país hacia el extranjero, y sin una repentina caída en Argentina y más precisamente, Córdoba.

En unas de sus peticiones, ella pide morir en Cartagena, ver el mar, una ola que rompa, y otra que le siga, poder confirmar que sigue habiendo Gaviotas de Audouin, que probablemente, aunque dudo, pase un flamenco, o algo con alas que no se parezca a una paloma. Ver una paloma en sus últimos días sería como satisfacer el deseo más profundo del diablo: ver a una demente anciana llorar su tumba.

“Ya te digo Tomacito, los bichos de mar que comíamos en Cartagena, el arroz con camarones, los langostinos, los mejillones, la fauna de un inmenso mar, solo en un posible plato, sobre tu posible cara. Y pescar en la ensenada, porque la gente iba, y ver a mujeres en mallas y hombres negros del África y capaz un moro. Todo eso era Cartagena: poder suscitar el placer de un ojo lleno de luz, de gentes diferentes, gentes que se mecen en ese vaivén del caminar lento, ¿Porque quién te apura en un fin de semana, en una ciudad feliz? Pero poco debe de quedar de esos días. El dolor de la caída de las esperanzas, demolición de un deseado país... la desilusión de enterarte de que todo lo luchado no es más que cenizas ardiendo en tu pecho, que lentamente se apagarán.”

Mi desesperación pasaba, justamente, por no incumplir sus deseos. ¿Quién puede ser tan egoísta de desoír un desolado pedido de una señora que ya no existe, pero que vive?

- - -

Así es como entramos a ese lugar, con ese mar, y con esos mariscos, con un sonido tan especial, como lo son las olas romper, cadenciosamente, una tras otra, esperando poder volver a tocar esa arena, o las gaviotas que siempre vuelan en su más tímido pasar, aunque

siempre pueden robarte comida, o lo que es el amanecer, rojizo y perlado, de un sol que acaricia y se yergue por sobre el mar. Así es como caminamos por esa playa, que ella tanto conoce, pero que le es tan distinta hoy, aunque, sin embargo, la recibe con risas, unos ojos que se achican por la emoción, unos ojos que tranquilamente no saben qué hacer con tanta emoción. Pero justo hay un banquito y decide sentarse, decide darme un beso, en agradecimiento por encontrarse allí, en su más preciado lugar, tras tantos años de llorar y de re-narrar y re-contar. Y solo le queda inhalar un poco más esa salinidad que se conglomerada en sus poros, que con el solo entrar se alegran, que se sonrojan del amor que tienen. Pero no todo es tan definitivo, hasta que lo es. Y respira sus momentos más preciados, sus recuerdos de esas cosas que tanto la poblaron, y sus obras de Lorca, y su padre, y sus zarzuelas y el recuerdo de sus padre de bailar zarzuelas o su hermano meado completamente o la otra llorando por el dolor de oídos, y todo se exhala, con una lentitud imperiosa, que reclama su pertenencia. Y es así como su última lágrima cae, y recorre la luz de sus ojos, las bolsas que guardan los deseos consumados, las historias que contó, para caer en la comisura de su labio hasta siempre. Y se dormirá lentamente, dejando el lugar en donde respira para pasar al lugar donde vive, y ya nadie le dirá que estas no son horas para soñar con España, o que no son horas de bajar a la cocina a comer una empanada gallega o que estas no son horas de contar sobre el franquismo. Así, muy lentamente, se apoyará en mi hombro y se recostará en el banco, por unos minutos, dándome tiempo para que yo camine lentamente y pida por una ambulancia.